

Se precipitan furiosas
 Contra su rey indignado;
 Y de improperios y piédras
 Puebla al instante el espacio.
 Y aunque el noble Moteuczoma,
 De dos rodelas armado,
 Quiere defender el cuerpo
 Del furor de sus vasallos.

Recibe en la angusta frente
 Un golpe de honda, y airado,
 Al descubrirse, le clavan
 Aguda flecha en un brazo.
 Se baña en su sangre, cae
 De furia y de rabia pálido,
 Y en hombros de sus ministros
 Es conducido á su cuarto.

Con impetu se desordena
 De esa manera, cuando
 Onda tras onda rodando
 Sin que la corriente pueda
 Detener el curso raudal.
 ¡Cunde la horrible noticia!
 Tiembla el valor castellano;
 El pueblo grita entusiasta
 Y sigue dando el asalto!

ROMANCE IV

EL DELIRIO.

Un solo instante aparece
 Tras de los montes la luna
 Y el viento en torno á su frente
 Torvo nublado acumula.
 Ni un astro errante en el cielo
 Con pálida luz fulgura,
 Y algo de fúnebre y tristería
 La creacion entera anuncia.

Ruje el aquilon. La noche
Con densa, impalpable bruma,
Ciudades, valles, montañas,
En la lobreguez sepulta;

Y en el cuartel castellano
Como siniestras y mudas
Fantasmas, los caballeros
Por los corredores cruzan.

Algunos de ellos sombríos
Un triste lecho circundan,
En una estancia pequeña
Que tétrica luz alumbra.



Sobre una estera de iczotl'
De fino algodón y plumas,
El infeliz Moteuczoma
Delira con faz difunta.
Contra su pueblo insolente
Imprecaciones murmura,
Y nada mas que á su pueblo
Su horrenda desgracia imputa.

Palma que crece en el monte, de tronco elevadísimo, con la cual se hacen, aun hoy día, finas esteras.

Siéntase de pronto atónito
Sobre el lecho; se espeluzna,
Y vé á Xoloe entre llamas
Y entre torcidas columnas
De humo denso, que le grita
Y que lo llena de injurias;
Y lo escarnece, riendo
Y de su dolor se burla.

— «Ya lo ves, Xoloe le dice,
Cuán bárbara y cuán injusta
Fué tu sentencia; ya miras
Que mi prediccion te abruma.

Y rie Xoloe; las llamas
Por doquiera lo circundan
Y el duro artesón quemado
Sobre él, al fin, se derrumba.

Con grande estrépido
El rey un grito de furia
Que más que los aquilones
Fiero en sus oídos zumba,

Y una imprecación satánica
Que se pierde en la confusa
Niebla de la triste noche,
Como su conciencia, oscura.

Postrado en el lecho cae,
 De frío sudor la adusta
 Frente cubierta, y abriendo
 Los ojos, el agua busca,
 La bebe y con torpe mano,
 Flaca, pálida y convulsa,
 Quiere arrancar de su mente,
 Las visiones que la turban.
 En vano; la pesadilla
 Vuelve, y otra, y otras muchas,
 Sin que hallen término dulce
 Las penas que le atribulan.

Y el treinta del mes Junio
 De quinientos veinte, á la una
 De la noche, dejó el mundo
 Del cual no gozará nunca.
 Fué grande y fué poderoso,
 Y justiciero; lo juzga
 Así la historia, aunque hay álguien
 Que de inhumano lo acusa.
 Acaso; pero si injusto
 Fué, en situaciones algunas,
 También era con su suerte
 Crüel la ciega fortuna.

¿Quién es aquel que gobierna
 Y un instante no tributa
 Triste homenaje á la ira
 Que la razon sana ofusca?
 ¿Quién, al llegar á las puertas
 De esa mansion que es la última,
 No siente el pecho culpable
 Con fiero aguijon que punza?



Cortés y sus capitanes,
 Al ver con pena profunda,
 Con las sombras de la muerte
 Velarse la frente augusta,
 Lloraron fin tan siniestro,
 Y fué aquel llanto la única
 Ofrenda al régio cadáver,
 Sobre el polvo de la tumba.

